

## **VARIEDADES DE LA SENDA PROTESTANTE: ERASMO, LUTERO, CALVINO**

A medida que fueron consolidando su éxito, las tres instituciones más vivas -iglesia, monasterio y universidad- que emergieron de la Edad Media europea no sólo se convirtieron en comunidades de buscadores, sino en objetivos para los cristianos que buscaban cierto control sobre sus vidas y pensamientos. La iglesia, que ya no era un agente más del estado, se convirtió en un antagonista del poder mundano y se orientó a la acaparamiento de feligreses. Los monasterios, aunque defendían la superioridad moral del aislamiento del mundo y de las cargas que supone la riqueza, prosperaron, encumbrándose con el desdoro de la opulencia, y vulneraron sus votos de pobreza, castidad y obediencia. Y las universidades, que seguían la senda del debate, alimentaron una arrogancia pedantesca que ensombrecía los mensajes sencillos de la fe y las Escrituras.

No resulta sorprendente que las pasiones de los buscadores cristianos no pudieran quedar confinadas en estas instituciones, que ya no les servían de cauce. Su ardor se manifestaría por innumerables vías dispares. Tres oradores que han dejado una profunda huella nos permiten situar los parámetros de su alcance y variedad: Desiderio Erasmo (c. 1466-1536), el apóstol holandés de la moderación, el adalid del humanismo cristiano; Martín Lutero (1483-1546), el defensor alemán de la «justificación por la sola fe», fundador de la Reforma protestante, y Juan Calvino (1509-1564), el creador francés de una iglesia reformada. Siguieron sendas divergentes en los estudios clásicos, en la exégesis bíblica, la teología dogmática y el celo reformador, que les condujeron a opiniones contrapuestas sobre las verdades más elevadas y sobre su modo de enseñarlas. Atizada por las pasiones y el resentimiento de otros menos elocuentes y más virulentos, su disensión convertiría a Europa occidental en campo de batalla y cementerio de disidentes cristianos. Resulta imposible enumerar sus infinitas discrepancias acerca del significado y los límites del cristianismo y sobre el método de lograr la salvación. Sigue constituyendo un enigma el que tantos acólitos de un dios tenido por el dios del amor estuvieran dispuestos a matar -y morir- por una sutileza teológica. En los siglos **xvi** y **xvii**, Europa se vería inmersa en un caos de creencias y persecuciones.

### **UN HUMANISMO PROTESTANTE: ERASMO**

La moderación tan alabada por los moralistas ha sido escasamente practicada en el curso de la historia. De haber prevalecido el espíritu erasmista, la historia moderna de Europa occidental habría sido muy distinta. El «príncipe de los humanistas» y padrino de la Reforma protestante sigue siendo un tema de predilección para académicos, historiadores y novelistas. Sus contemporáneos Lutero y Calvino fundarían sectas prósperas y se convertirían en nombres familiares en todos los hogares del Occidente cristiano.

El nacimiento de Erasmo en Rotterdam en torno a 1466 está rodeado de misterio y marcado por el estigma de la ilegitimidad. El propio Erasmo cuenta que su padre, Gerardo,

había tenido un enlace secreto con su madre, Margarita, «en espera de un matrimonio». Cuando los padres de Gerardo se opusieron a la boda, él se dio a la fuga, dejando que Margarita criara a su hijo. Más tarde, en Roma, donde Gerardo trabajaba de copista, su familia le comunicó la muerte de Margarita. La pena le empujó al sacerdocio. Cuando Gerardo volvió a casa, descubrió que todo era un engaño, pero no se casó con ella, sino que mantuvo sus votos sacerdotales. Esta saga se convirtió en la materia prima de la novela histórica de Charles Reade, *El claustro y el hogar* (1861). La sombra de la ilegitimidad se cernió sobre Erasmo durante toda su vida.

De niño, su madre lo envió con su hermanastro a un escuela de Deventer, al este de los Países Bajos, que estaba bajo el influjo del movimiento de la «*devotio moderna*» de los Hermanos y Hermanas de la Vida Común. El más célebre de los hermanos, Tomás de Kempis (1380-1471), había resumido el espíritu que les animaba en su *Imitación de Cristo*, en la que recordaba que «Se sirve mejor a la trinidad con la adoración que con la especulación». El fundador de la secta, Gerardo Groote, había instado al estudio de clásicos antiguos como Séneca y Cicerón, considerándolos un preludio pagano del evangelio, pero su movimiento se centraba en la introspección. La falta de textos impresos seguía forzando a la memorización como paso a la literatura, y Erasmo aprendió de memoria a Horacio y Terencio. «Una fuerza secreta de la naturaleza me impulsó a las humanidades», escribió. A los dieciséis años, al parecer atraído por su biblioteca, Erasmo ingresó en la orden de los canónigos de Emaus en Steyn y, al final de su año de noviciado, hizo los votos de esa rigurosa orden.

En ella escribió *Del desprecio del mundo*, un ejercicio retórico sobre las virtudes de la vida monástica. Antes de cumplir veinte años, redactó su *Antibarbari* (*Contra los bárbaros*), en el que defendía el valor de las enseñanzas paganas. Si la iglesia no había rechazado el Antiguo Testamento pese a abogar por la obediencia a leyes que los cristianos habían negado, tampoco, en su opinión, debía abandonar a los clásicos porque adoraran a dioses paganos. «Me decís que no debemos leer a Virgilio porque está en el infierno. ¿Creéis acaso que no están en infierno muchos cristianos cuyas obras leemos? No nos incumbe discutir si los paganos que vivieron antes de Cristo fueron condenados... o se han salvado o no se ha salvado nadie. Si queréis renunciar a todo lo pagano, tendréis que prescindir del alfabeto y del latín, y de todas las artes y oficios.» Así dio comienzo su reivindicación de los clásicos antiguos, que le acompañaría toda la vida. Fue ordenado sacerdote en 1492.

El obispo de Cambrai lo envió a París a estudiar teología en el Collegia Pauperum del Collège de Montaigu. Era el París de las «tinieblas del lago Estigio», blanco de las burlas de Rabelais. Erasmo también se indignó ante los dogmas, los sofismas y la ignorancia de los escolásticos. Los maestros de teología discutían con aspereza. «Decís que no queréis que os llamen platónicos o ciceronianos -había objetado-, y no os preocupa que os llamen albertistas o tomistas.» Para sufragar su vida de estudiante, Erasmo buscaba pensiones, regalos y recompensas a cambio de dedicatorias lisonjeras en sus libros. Pese a su amor por la moderación clásica en la filosofía y la teología, sabía adular cuando ello le reportaba dinero. Para inspirarse de la sabiduría de los antiguos, redactó una recopilación de

proverbios extractados de la Biblia y autores latinos y griegos. Su primera edición de los Adagios, de 1500, contenía unos ochocientos, pero en las posteriores se llegó a superar la cifra de cinco mil. Entre ellos figuran muchas expresiones que se popularizarían en Occidente, como «revolver Roma con Santiago», «por el humo se sabe dónde está el fuego», «un mal necesario», «poner toda la carne en el asador». En sus Coloquios, usa el antiguo género del diálogo para conversaciones sazonadas con intervenciones ingeniosas.

*Primer conversador:* ¿De qué corral o cueva has salido? *Segundo conversador:* Del Collège de Montaigu. *Primero:* Entonces supongo que eres todo sabiduría. *Segundo:* No, soy todo piojos.

Invitado a Inglaterra por el joven y encantador Lord Mountjoy, Erasmo trabó amistad con aristócratas y filósofos y clérigos destacados de su época, especialmente John Colet y Tomás Moro. Se sorprendió disfrutando de los placeres de la caza y «de esa admirable costumbre de besarse en cada ocasión». Tenía un conocimiento rudimentario del griego antes de llegar a Inglaterra, pero los estudiosos ingleses le convencieron de que lo perfeccionara. Los filósofos eran entusiastas neoplatónicos. Erasmo, por su parte, desconfiaba del oscurantismo. Nunca declaró haber tenido un éxtasis religioso y siguió siendo el defensor resuelto del humanismo clásico.

De regreso a Francia, en Dover, los agentes de Enrique VII le decomisaron su escaso dinero, en aplicación de la prohibición de exportar divisas. Huyó de una epidemia en París, refugiándose en Orléans. Posteriormente, en los Países Bajos, se entregó en cuerpo y alma al estudio del griego, hasta 1505. Había emprendido una edición de san Jerónimo para la que necesitaba el griego. Al mismo tiempo estaba editando a Cicerón. Cuando descubrió un manuscrito de Lorenzo Valla que glosaba el Nuevo Testamento como si de un autor clásico se tratara, se le ocurrió que las Sagradas Escrituras, como los demás libros antiguos, podían someterse a cotejo entre varias versiones. Lo que suponía, naturalmente, que la traducción de san Jerónimo del Nuevo Testamento quizás debiera revisarse.

Amparándose en las directrices del Papa Clemente V, que aconsejaba el estudio de las lenguas clásicas, Erasmo abrió la puerta a los estudios bíblicos modernos. Había logrado conciliar a la perfección su interés por el mundo clásico y su vocación cristiana. Con el *Enchiridion Militis Christiani (Manual del soldado cristiano)*, asumió el papel de portavoz de la Reforma del catolicismo. Advirtiendo del peligro de quedarse en las apariencias externas de la religión, alabó el espíritu de san Pablo y abogó por «un amor sincero por las Escrituras». Al restar importancia a las formas externas de la religión, Erasmo atrajo sobre sí las sospechas tanto de católicos como de reformistas.

En el *Enchiridion*, lanza la siguiente exhortación:

No te arrastres por el suelo, hermano, como un animal. Ponte las alas que, como dice Platón, hace crecer en el alma el ardor del amor. Elévate por encima del cuerpo para alcanzar el espíritu, de lo visible a lo invisible, de la letra al significado místico, de lo sensible a lo inteligible, de lo complejo a lo simple. Sube, peldaño a peldaño, la escala de Jacob.

Los años siguientes, en busca de patrocinio y de descanso de sus estudios, atravesó Europa. En Inglaterra vivió bajo los auspicios de William Wareham, arzobispo de Canterbury (al que dedicó sus traducciones de Eurípides). Y fue íntimo de Tomás Moro, a la sazón un joven abogado famoso en Londres. Su entusiasmo mutuo por los diálogos satíricos de Luciano (115-200) daría pronto frutos en la *Utopía* de Moro y el *Elogio de la locura* de Erasmo (1508). Dio la vuelta a Italia como tutor de jóvenes aristócratas ingleses y visitó Roma, donde le aterró la corrupción imperante en la iglesia. En el campo asistió a la imposición de multas a campesinos pobres por los recaudadores fiscales del Papa.

Los pioneros de la nueva técnica de impresión se convirtieron en amigos íntimos de Erasmo. En Venecia fue acogido en el hogar de Aldo Manucio (1450-1515), en cuya prensa Aldina se habían publicado elegantes ediciones de los clásicos griegos y latinos y quien publicó una edición muy ampliada de *los Adagios* de Erasmo (1508). En Basilea entabló amistad y colaboró con Johann Froben (1460?-1527), se instaló en el hogar de éste y fue su director editorial y consejero literario. Froben publicó la versión preparada por Erasmo del Nuevo Testamento griego, así como sus Coloquios. Erasmo reconoció que su Nuevo Testamento había sido «precipitado, más que editado», y que no había consultado algunas de las fuentes disponibles más fiables. Pero fue la primera versión publicada del texto impreso. La reputación de Erasmo, junto con el reducido precio del libro y su manejabilidad, hicieron de éste el acicate para el nacimiento de los estudios sobre el Nuevo Testamento. Ejerció una influencia determinante en la traducción que efectuó Lutero al alemán (1522) y en la de William Tyndale al inglés (1525-1526). Y dio a su autor el título de padre de los estudios sobre el Nuevo Testamento. Su texto fue objeto de ataques desde todos los puntos de vista; por la traducción, por su ortodoxia y sus omisiones.

Pero, se preguntaba Erasmo, ¿por qué contentarse con el texto vulgar de san Jerónimo? «Proclamáis que es un crimen corregir los evangelios. Son palabras más dignas de un cochero que de un teólogo.» Un crítico inglés, que le acusaba de haber incurrido en la herejía arriana por omitir el pasaje que sustenta el dogma de la trinidad, predijo que «el mundo volverá a ser destruido por la herejía, el cisma, las facciones, los tumultos, los altercados y las tormentas». Erasmo replicó: «Mi Nuevo Testamento lleva tres años en la calle. ¿Dónde están las herejías, los cismas, las tormentas, los tumultos, altercados, huracanes, devastaciones, naufragios, inundaciones, desastres universales y todos los males imaginables?» La imprenta se había convertido en el agente y el cauce de expresión del espíritu protestante, lo que abriría el camino a la teología bíblica popular. Y a la Reforma, o, como se dijo después, Erasmo puso el huevo que Lutero incubó.

## **EL ADALID DE LA FE SIMPLE: LUTERO**

Resulta difícil imaginar dos respuestas más dispares al reto al que se enfrentaba el cristianismo católico a finales de la Edad Media que las de Erasmo y Martín Lutero. En la lucha entre fe y enseñanza, Erasmo defendió la inteligencia y el estudio, mientras que

Lutero fue el elocuente paladín de una fe simple. Erasmo había sido criado como huérfano, mientras que Lutero tuvo un padre dominante. Fue enviado a una escuela catedralicia en Magdeburgo, tuvo algunos contactos con los Hermanos y Hermanas de la Vida Común y entró en la Universidad de Erfurt para estudiar las siete artes liberales. Si Erasmo había entrado en el Collegia Pauperum de París por falta de recursos, a Lutero se le denegó ayuda financiera por la prosperidad de su padre. Después, cumpliendo con la voluntad paterna, emprendió el estudio del derecho, abandonándolo súbitamente en 1505. Después de tan sólo dos meses, y sin consultárselo a sus padres, Lutero ingresó en la orden de los ermitaños de san Agustín, en Erfurt. «No me hice monje libre ni voluntariamente --confesaría más tarde en *Votos monásticos (1521)*-, sino que, sumido en el terror y la agonía ante la idea de una muerte súbita, pronuncié unos votos forzados e ineludibles.» En su *Conversación de sobremesa*, da la versión de que, temiendo por su vida al verse sorprendido por una tormenta tremenda, exclamó: «¡Ayúdame, santa Ana, y me haré monje!» Al entrar en el monasterio, sólo conservaba las obras de Plauto y Virgilio, pues había vendido el resto. Fue ordenado sacerdote en 1507.

Erasmo nunca confesó una experiencia mística parecida, pero su fe cristiana salió reforzada merced a la sobria sabiduría de la Antigüedad. Había recorrido Europa en busca de ayuda para poder dedicarse a los estudios. Su Nuevo Testamento griego era una búsqueda de las fuentes. En cambio, la traducción al alemán de Lutero llegó a una vasta audiencia y contribuyó a dar rango de lengua literaria nacional al alemán. Erasmo escribía con sentido del humor, ingenio e ironía. Su género literario favorito era el coloquio o diálogo, de venerable abolengo clásico. Lutero, que carecía de paciencia para el diálogo, enunció sus tesis. No está claro cómo se apoderó de Lutero el celo reformista. En su viaje a Roma, como Erasmo, quedó consternado ante la corrupción y la mundanidad de la iglesia. Más tarde, recordaría su experiencia mística del descubrimiento evangélico de la «justicia divina».

En 1517, Lutero se enfureció ante el abuso que suponía la práctica católica de la concesión de indulgencias. Se alegaba que estos documentos, expedidos por la autoridad papal, formaban parte del sacramento de la penitencia. De hecho, eran certificados que conmutaban en parte la penitencia temporal al pecador y que vendían los agentes del Papa. Aunque en teoría no eran efectivos si el pecador no se arrepentía, este requisito no mermaba su valor comercial. Las indulgencias, una fuente grata de fondos con los que sufragar las costosas actividades del papado, eran administradas por los Fugger, de Augsburgo, unos de los principales agentes financieros de la época. El Papa Sixto IV declaró en 1476 que las almas que estuvieran bajo la influencia benéfica de indulgencias irían al purgatorio. El mecenas de Lutero, el príncipe Federico, había prohibido la venta de indulgencias plenarias en el territorio de su jurisdicción, de las que se decía que tenían por objeto ayudar al Papa a reconstruir san Pedro en Roma. Lo que más indignó a Lutero fueron las extravagantes tácticas de venta del monje dominico alemán Johann Tetzel (1465?-1519), con la autorización del ambicioso arzobispo Alberto de Maguncia.

Lutero estaba tan disgustado con las vulgares tretas comerciales de Tetzel que compiló sus Noventa y cinco tesis, un alegato contra los abusos de la iglesia católica, el 31 de octubre de 1517. La sugestiva tradición de un Lutero enfurecido «clavando sus tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg» da un resabio legendario a su indignación e ira. «Clavara» o no las tesis en la puerta de una iglesia, Lutero sí logró traspasar con su inquietud los corazones de los creyentes cristianos. Y su desafío, incluso en una era caracterizada por la lentitud de las comunicaciones, le granjeó pronto la popularidad.

La leyenda de «los clavos» no recoge todas las ambigüedades que rodeaban a las indulgencias en tiempos de Lutero. La iglesia aún no había determinado por dogma su significado teológico exacto. ¿Cuál era exactamente la remisión de pena que ofrecía una indulgencia? ¿Hasta qué punto era útil una indulgencia para evitar a un alma pecadora sufrimientos en el purgatorio? Estas ambigüedades propiciaron técnicas de ventas tan extravagantes como las de Tetzel y otros, y denuncias tan extravagantes como las de Lutero y otros. Los usos de las indulgencias estaban tan poco claros en la teología de la época que algunos historiadores eclesiásticos han opinado que las tesis de Lutero eran poco más que «tanteos». El propio Lutero afirmó que las había hecho públicas «con el propósito de elucidar la verdad». No negaba la facultad del Papa de conceder indulgencias, sino el abuso de este poder. E insistía en el carácter introspectivo de la religión cristiana.

El arrepentimiento, en su opinión, no se alcanzaba por mandato eclesiástico, sino que requería una transformación interior del creyente. El verdadero poder y gloria de la iglesia no residían en el papado, sino en el evangelio. Lutero, en sus clases en la nueva Universidad de Wittenberg, había abandonado la teología escolástica aristotélica, volcándose en el estudio de la Biblia en las versiones hebrea y griega originales. Pero sus esfuerzos por hacer llegar su mensaje a las demás universidades no daban fruto. Ahora creía que la salvación no se ganaba mediante las obras, sino a través del don divino de la gracia y de Cristo. Expresaría este dogma en la traducción alemana de la Biblia, en la que añadió la palabra «sólo» en el pasaje crucial: «Pues decimos que un hombre sólo se justifica por su fe, con independencia de sus obras».

Como vemos, Lutero estaba desafiando el poder de la iglesia, la clerecía y los sacramentos. Sus tesis combativas, difundidas por el nuevo arte de la imprenta, contra los abusos de las indulgencias, han sido las que más han llamado la atención de los historiadores, que han pasado por alto sus afirmaciones de mayor calado sobre la fe religiosa, la autonomía y el sacerdocio de todos los creyentes. Sin la imprenta, el reto de Lutero se habría quedado probablemente en un escándalo localizado en Wittenberg. Él mismo envió copias de sus tesis al ambicioso arzobispo de Maguncia y a su propio obispo. La imprenta permitía distribuirlos a mayor escala y más rápidamente que nunca.

También haría de la imprenta el vehículo de difusión de sus ideas reformistas. Su discurso «A la nobleza cristiana de la nación alemana, sobre la reforma de comunidad cristiana», publicado en Wittenberg, expone su argumento de que el poder espiritual del cristianismo emana de todo el cuerpo de creyentes verdaderos, cada uno de los cuales está

capacitado para leer e interpretar las Sagradas Escrituras por sí mismo. Ataca la supremacía del Papa sobre el estado, la teoría de los dos poderes (temporal y espiritual) y las dos espadas (la del Papa y la del emperador). Aboga por una iglesia nacional alemana, por la abolición del celibato entre los clérigos y la reforma de las escuelas y universidades. Esa fue su respuesta a la bula papal, emitida en Roma en junio de 1520, por la que se le excomulgaba, y provocó una reacción muy superior a cuanto Lutero podía imaginar o desear. Inflamó el espíritu nacional (no sólo en Alemania) y espoleó un movimiento generalizado en pro de la reforma de la iglesia. Del discurso, publicado a mediados de agosto de 1520, se habían vendido ya cuatro mil copias el 18 de dicho mes. En el siglo XVI fue reeditado diecisiete veces.

Y Lutero aportaba algo más que doctrina. Rescataba el acervo de la fe cristiana dándole una nueva forma, que dio en llamarse la Biblia de la Reforma. La mera traducción de la Biblia al alemán fue un acto reformista, que traducía la doctrina a hechos. Democratizó las fuentes de la fe cristiana vertiéndolas a la lengua hablada en el mercado. En 1522, después de unos dos años de trabajo, en los que utilizó la segunda edición del texto griego de Erasmo, había traducido la totalidad del Nuevo Testamento, en una edición ilustrada por Lucas Cranach (1472-1553), cuyos gráficos grabados reproducían dragones y a la mujer de Babilonia con triples coronas papales. De ahí pasó al Antiguo Testamento, publicando ambos en 1534. Convirtió a la Biblia en una catedral popular. En vida de Lutero aparecieron unas ochenta ediciones del Nuevo Testamento. Su versión sirvió de base para otras traducciones al holandés, el sueco, el danés y el islandés. William Tyndale (c. 1494-1536) la utilizó conjuntamente con el Nuevo Testamento griego de Erasmo para su traducción: suya sería la primera versión del Nuevo Testamento publicada en inglés. Lutero había abierto de par en par la puerta de acceso a las Sagradas Escrituras para todos los buscadores cristianos y contribuyó a derribar el monopolio sacerdotal sobre las fuentes de la fe. Al propio tiempo, participó en la creación de una lengua nacional, pues fue la elocuencia de su «*hoch Deutsch*» la que se impuso a la infinidad de dialectos hablados, para con el tiempo convertirse en la lengua de Heine y Goethe. La democratización de la Biblia no fue la única repercusión de la obra de Lutero que rebasó con mucho sus intenciones y expectativas.

## **EL PUENTE TENDIDO POR CALVINO HACIA UN MUNDO DEMOCRÁTICO**

De la gran trinidad de la Reforma protestante en Europa (Erasmo, Lutero, Calvino), fue Calvino quien dio un método de organización de las iglesias que sena un anticipo del mundo moderno occidental de la democracia, el federalismo y el gobierno representativo. Para el buscador cristiano, Erasmo había rescatado la tradición humanista, Lutero había transformado la teología en una doctrina de fe personal, caracterizada por la independencia y el sacerdocio de todos los creyentes. Calvino, inmejorablemente dotado para el dogma y la organización -la teoría y la práctica del protestantismo convirtió su nueva iglesia

reformada de Ginebra en el prototipo del cristianismo protestante en toda Europa y en el Nuevo Mundo.

Nacido en el seno de una familia burguesa de Noyon, Picardía, Francia, en 1509, Juan Calvino (originalmente Jean Chauvin o Caulvin) parecía tener todo en su contra para convertirse en el líder intelectual de la Reforma protestante. Su padre era el secretario del obispo y el apoderado de la catedral. Calvino fue criado y educado en la familia aristocrática de los Hangis, parientes del obispo. Destinado a la iglesia, se le envió a París con los hijos de la familia Hangis para estudiar en el riguroso Collège de Montaigu. En él habían estudiado teología Rabelais y Erasmo. A raíz de una desavenencia con el obispo, el padre de Calvino le hizo cambiar la teología por el derecho. El joven Calvino se lo concedió obedientemente yendo a la Universidad de Orléans. Cuando su padre murió excomulgado en 1531, la lucha de Calvino por hacer que lo enterraran cristianamente enrareció su relación con la iglesia. A los veintidós años volvió a París y a los estudios humanistas. Fruto de estos años fue su primer libro, un comentario sobre *De clementia* de Séneca. Cuando ayudó a su amigo Nicholas Cop, rector de la Universidad de París, a redactar una alocución en la que aparecían ideas inspiradas en la Reforma luterana, él y Cop tuvieron que poner tierra de por medio, pues les iba la vida en ello. Probablemente al poco tiempo de esta crisis experimentó Calvino la «conversión súbita» al protestantismo que relataría más tarde. Sería de por vida un exiliado de su Francia natal.

Calvino dedicó su vida a la exposición de la teoría y el desarrollo de la práctica de la Reforma protestante. Pocos personajes históricos han hecho gala de tanto talento para combinar teoría y praxis a la hora de crear instituciones. Pocos han sido tan aptos para conciliar extremos opuestos. El concepto calvinista de la iglesia era tanto el más dogmático como el más práctico; el más local y el más universal. Predicaba el dogma de la predestinación, pero insistía en que Dios esperaba de su iglesia la participación de todos los creyentes. Antes de cumplir treinta años había escrito *Christianae religionis Institutio* (*Institución de la religión cristiana*), la exposición más sistemática y exhaustiva de la causa protestante (1536; edición definitiva en latín de 1559).

También en 1536, habiendo hecho escala en Ginebra en uno de sus continuos viajes, se topó con el pirófago Guillaume Farel (1489-1565), a quien conocía de París. Farel estaba a la sazón encrespando los ánimos del populacho ginebrino contra el catolicismo, provocando algaradas iconoclastas. Y fue ahí, según diría Calvino, donde Dios «le empujó al combate». Bajo la instigación de Farel, Ginebra se amotinó contra su obispo, prohibió los sacramentos y expulsó a todos los sacerdotes y miembros de las órdenes religiosas que no quisieron acatar la fe protestante. Como los ritos y el sistema educativo protestantes todavía no estaban establecidos, Farel retó a Calvino a quedarse y participar en la organización de Ginebra según el modelo bíblico. Amenazó a Calvino con la ira de Dios si se negaba.

Aunque no tenía la más mínima intención de establecerse en Ginebra, Calvino se dejó convencer. Con el paso del tiempo, su energía y valor valdrían a esta ciudad el calificativo y la celebridad de una «Roma protestante». La ciudad y la iglesia debían ser una sola comunidad; ambas debían regirse por el modelo de la comunidad bíblica. Muchos de los

preceptos morales expuestos por Farel y Calvino se encontraban en los estatutos de constitución de la ciudad desde la Edad Media, pero la comunidad temió que se aplicaran efectivamente. En 1538, un concejo municipal recién elegido expulsó a Farel y Calvino de la ciudad. Calvino se dirigió a Estrasburgo, donde auxilió a los refugiados franceses. Después de tres años de caos en una Ginebra abandonada a su suerte, sin el liderazgo de Farel o de Calvino, los ciudadanos pidieron en 1541 a Calvino que volviera y le concedieron una casa confortable (con una bodega) y un salario generoso.

Finalmente pudo instituir la iglesia reformada de Ginebra de manera definitiva. Esbozó ordenanzas eclesiásticas que se transformarían virtualmente en la constitución de la iglesia de Ginebra y serían el modelo de las iglesias reformadas de Europa y el Nuevo Mundo. Estableció cuatro órdenes de ministerio: 1) doctores enseñadores (al principio, Calvino fue el único), 2) pastores predicadores, 3) ancianos versados en la doctrina, y 4) diáconos, encargados de las obras de caridad. Los preceptos morales se aplicarían con rigor, mientras que la doctrina protestante se expondría en la Universidad de Ginebra, fundada por él. El programa también contemplaba un esfuerzo proselitista, para difundir el calvinismo en el extranjero, lo que la convierte en la única secta protestante con aspiraciones universalistas. Calvino realizaba comentarios de la Biblia con regularidad en conferencias públicas, pero la instrucción religiosa estaba en manos de una compañía de pastores, cuyos miembros eran seleccionados bajo la tutela de Calvino. Los ancianos actuaban como «policía» de la moral reformista y se reunían con los pastores en un consistorio en que también se dejaba oír la voz de Calvino. Tenían la facultad de excomulgar y fueron los responsables del célebre «reinado del terror» que imperó en Ginebra, que no debería haber sido sino el reino de la moral bíblica. Fue este régimen el que dio en llamarse «puritano». Los diáconos administraban un orfanato en el «hospital general», eran los encargados de distribuir pan gratuitamente y de las obras de caridad con los pobres, de lo que también se ocupaba Calvino.

La enérgica concepción calvinista de este sistema eclesiástico no pasó en absoluto desapercibida. El clímax melodramático se produjo cuando un médico español, Miguel Servet (c. 1511-1553), que había escrito un libro en el que atacaba el dogma de la santísima trinidad, llegó a Ginebra. Calvino mandó arrestar a Servet bajo la acusación de herejía, crimen por el que lo hizo quemar en la hoguera. De esta forma, Calvino complacía a los católicos posteriores (incluido lord Acton) con un espectáculo de intolerancia protestante. Tras 1555, cuando Calvino se hubo hecho con el control absoluto de Ginebra, dedicó sus feroces energías a la difusión del protestantismo reformado. Formó a refugiados franceses para trabajar como pastores reformados y los volvió a introducir de rondón en Francia. En Escocia, los Estados Unidos, Inglaterra y los Países Bajos se fundaron congregaciones según el modelo ginebrino.

Aunque Calvino ostentara poderes dogmáticos y dictatoriales en Ginebra y en algunas comunidades «filiales», la influencia que ejercería su movimiento sobre las instituciones políticas y religiosas del cristianismo sería muy distinta. El modelo presbiteriano de gobierno eclesial, que creó Calvino, era muy afín al espíritu de las instituciones

representativas modernas del mundo occidental. Según la teoría calvinista del gobierno eclesial, Cristo era el único director de la comunidad, cuyos miembros eran todos iguales entre sí. El ministerio recaía por lo tanto sobre el conjunto de la iglesia, aunque algunas responsabilidades se distribuyeran entre varios cargos. Los celebrantes de los oficios propios de la iglesia serían elegidos por los miembros de la congregación, a quienes representaban. La iglesia, por consiguiente, no sería gobernada por el estamento clerical sino por personas (incluidos los diáconos, los pastores y los ancianos) que representaban al conjunto de sus miembros. Este esquema presuponía también una relación federal entre las iglesias locales, agrupadas en un presbiterio escogido por sufragio o en una asamblea nacional o general.

La doctrina calvinista se centraba en la iglesia local. El poder que residía en el conjunto de los feligreses generaba una forma de organización descentralizada, que dotó a las iglesias calvinistas de una gran capacidad de resistencia y de oposición a la persecución. Para acabar con el calvinismo había que erradicar una tras otra todas las congregaciones. Arrestar a un ministro no acallaría a la iglesia, pues era la propia comunidad la que sobrevivía, y siempre estaría a tiempo de elegir nuevos ministros. El calvinismo, basado en el principio de la representación, y no de la autoridad o el dictado, satisfizo la necesidad moderna de participación, tanto en la iglesia como en el estado. Y su trasplante a Nueva Inglaterra, en el Nuevo Mundo, propiciaría y alentaría la dignidad y la participación de congregaciones aisladas, la independencia de los fieles, principios de los que nacería una nueva sociedad en América del Norte.